

Pequeña antología de Antonio del Camino

La lenta letanía de la lluvia

–monodia en el cristal hecha grafía–

va emborronando de melancolía

la luz que fue lejanamente rubia.

Como otras tantas tardes estoy ante

la página vacía: voz de nieve

–a veces infinita, a veces breve–

donde encajo mi voz titubeante.

Porque esta tarde, mientras sigue afuera

esa lluvia calladamente mansa,

el corazón se agita y no descansa

la memoria, que llueve a su manera.

Con lluvia, corazón y diccionario

recompongo fragmentos de inventario.

(De *Fragmentos de inventario*, Ediciones Trébedes, 2011)

Estampa en la puerta de un cementerio el día de todos los santos

Custodiando la puerta, asiduas de estas fechas,
las flores, cercenadas, esconden su agonía:
crisantemos, claveles, margaritas o adelfas,
arrancadas en vida para adornar la muerte.
Y el hombre, diligente —Oferta: siete euros—,
vocea su producto invitando al que pasa:
—Mire qué ramo, oiga; también tengo jarrones...
(Al lado, unos chavales, juegan a la pelota.)
Las campanas en vuelo, monótonas y densas,
convocan la memoria de otra muerte temprana,
y su sonido apaga los trinos de la tarde:
pájaros al cobijo que ofrecen los cipreses.
Cuando llega la hora y cierra el cementerio,
el hombre, una vez más, carga en su furgoneta
las flores en remojo: una UVI improvisada
capaz de mantenerlas con vida hasta mañana.
Los niños volverán a su casa y la noche,
dueña del camposanto, como todos los días
paseará sus estrellas por el cielo y acaso,
con un íntimo afecto, se burle de los vivos.

(De *Túmulos y tálamos*, un libro que no se ha llegado a publicar)

Oporto en el recuerdo

He caminado junto a ti las calles
más hermosas de Oporto.

He cruzado sus puentes sobre El Duero,
que allí es O Douro y música de río.

He visitado iglesias de tu mano
para dar fe de la soberbia humana,
de la fastuosidad banal con que los hombres
adoran a sus dioses:

tanto panel de oro..., tanto mármol...

Y me ha dolido ver la decadencia
de esta ciudad con esplendor antiguo
que, sin embargo, muestra su belleza
en los viejos trazados de las calles,
en su puente de hierro, en las bodegas
de aliento centenario.

He entrado de tu mano en librerías
donde la paz del verbo se contiene
en legajos antiguos,
en palabras que apenas pronunciadas
se balancean en los labios, suaves.

Hemos paladeado el vino verde,
y degustado su gastronomía.

Nos hemos castigado en escaleras
y cuestas obligadas.

Y hemos así seguido caminando,
llenándonos los ojos de azulejos,
de plazas, de campanas,
de ese latido intenso y perdurable
que en la memoria cala, y ha venido
con nosotros; que ahora
brota de mí y anida en estos versos
para dejar constancia
de que contigo he descubierto Oporto.

Alcachofas con calamares

Son mi debilidad las alcachofas.
Por eso os dejo, con sabor a mar,
un guiso con canela y calamar
para el que necesito cuatro estrofas:

desnuda la alcachofa de vestidos
que endurezcan su piel, se la chorrea
con lluvia de limón y se trocea.
Se reserva junto a los elegidos

calamares. Cortamos en juliana
cebolla en cantidad... y a la sartén.
Y cuando la cebolla ya está bien

dorada, se incorpora la huertana

verdura, el calamar, un blanco vino
y un palo de canela. A fuego lento,
se cuece hasta que quede el alimento
tierno, jugoso, confortante y fino.

(De *Cocinetos*, Edición no venal, 2002)